

Domingo XXVII T. O. (Ciclo B)

Antonio Ruiz Pozo

PARA TU REFLEXION

“Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre” (Mc 10, 9)

En el principio creó Dios al ser humano en unidad y en diferencia, con la misma dignidad: “Dios los creó hombre y mujer”.

Nacidos de la misma carne, están llamados a formar de nuevo la misma carne que los una para siempre.

Así, Jesús, a la cuestión que le presentan los fariseos sobre el divorcio, se remonta al proyecto originario de la Creación, y su respuesta es contundente: “Lo que Dios ha unido no lo puede separar el

hombre”.

Nos encontramos, con muchas y variadas situaciones que han motivado las rupturas matrimoniales. Situaciones, con frecuencia, muy dolorosas con las que no se puede frivolar y consecuencias muy serias que se derivan de ellas: hombres y mujeres que lloran en secreto su abandono y humillación, esposos que se aburren en una relación insoportable, niños tristes que sufren el desamor de sus padres, etc.

Lo primero que les podemos ofrecer es respeto, escucha, aliento para vivir y, a la vez, una palabra lúcida de orientación. Y siempre puede ser oportuno recordar algunos pasos fundamentales que siempre es necesario dar: Lo primero es no renunciar al diálogo; desvelar con sinceridad lo que siente y vive cada uno; tratar de entender lo que se oculta tras ese malestar creciente; descubrir lo que no funciona; poner nombres a tantos agravios mutuos que se han ido acumulando sin ser nunca aclarados; tratar de resolver estas situaciones con generosidad y nobleza. Si cada uno se encierra en una postura de egoísmo, el conflicto se agrava, los ánimos se crispan y lo que un día fue amor, se convierte en odio secreto y mutua destrucción.

Hay que recordar que el amor conyugal se vive en la vida ordinaria y repetida de “lo de siempre”. Cada día vivido juntos, cada alegría y cada sufrimiento compartidos, cada problema vivido en pareja, dan en la prueba.

**Fuente: Con Vosotros, Diócesis de Ciudad Real. España**

